

Historia: ¿De quién? y ¿para quién? (A propósito de Gabriel Salazar).

Pablo Aravena Núñez. 26 Noviembre 2006

Intervención en la "I Jornada de Historiografía: Posmodernismo e Historiografía" el 24 de octubre de 2006. durante la mesa El problema del sujeto en historiografía: en la que participaron Leonardo León (U. Chile), Pedro Rozas (U. Arcis) en el Instituto de Historia y Ciencias Sociales / Taller de Epistemología Social, Universidad de Valparaíso, Viña del Mar.

En julio de este año, justo un mes antes de ser galardonado con el Premio Nacional de Historia, sostuve una entrevista con el historiador Gabriel Salazar, de la cual me gustaría reproducir parte:

“Pablo Aravena: Usualmente se clasifica su obra dentro de lo que llamamos historia social. No quisiera pedir precisiones de definición sobre ésta –tema demasiado largo, y quien sabe si rentable en términos intelectuales–, sino que me apresuraría más bien a pedirle que puntualice una afirmación que recorre parte de sus escritos y que sería la siguiente: que la historia social, más que cualquier otra área de las ciencias sociales, tendría la particularidad de alejarse del universo de los conceptos abstractos para proceder en base a un “nombrar” que se halla en las antípodas de la actividad conceptualizante (que fija, detiene o eternifica lo real). El nombre sería lo más apropiado para dar cuenta del devenir histórico. Esto tiene resonancias hasta presocráticas. Está ahí esa discusión ya clásica entre el ser y el devenir. Me gustaría que profundizara más acerca de esa atribución que usted le da a la historia social, y que está en un contexto de vuelta de la crisis de las ciencias sociales.

Gabriel Salazar: La historia social que ahora está produciéndose, es una historia social que se acerca al presente, y eso implica al mismo tiempo situarse en torno y dentro de los sujetos sociales activos. En consecuencia la historia social tiende a constituirse como reflejo de las vivencias, de la cultura social viva y de la memoria social viva, naturalmente. Y en esa medida es una ciencia que al fundirse en este plano con los sujetos y su memoria, se funde también con una historicidad que no está proyectada hacia el pasado sino más bien hacia el futuro, la historicidad del tiempo presente. Por tanto ningún proceso queda cerrado definitivamente y la historicidad no se convierte en un conjunto de hechos ya ocurridos, que se cosifican (como les gusta a algunos historiadores), sino que más bien se plantea como un conjunto de hechos por hacer, por tanto de proyecciones de la sociedad. Entonces en esa medida la historia social contemporánea, al situarse en el presente y en este umbral del futuro, no puede construir conceptos rígidos, porque eso está bien cuando miras hacia el pasado y es absolutamente definitivo, el pasado como un hecho irremediablemente muerto, estático y cosificado, allí tu construyes conceptos rígidos, pero no ante una realidad abierta. Entonces los conceptos no pueden resistir mayormente la inmovilidad propia de una definición abstracta, tienen que adaptarse a esa vida, a ese movimiento. Y en ese contexto lo más

importante es la “vivencia” de los sujetos, o la convivencia, los consensos que se establecen...”

Más adelante prosigue:

“Entonces un historiador social [...] está volcado a trabajar con los sujetos, tiene que contribuir a que el sujeto sea eficiente en la acción con la cual va a transformar la realidad. Entonces uno le hace un aporte que yo creo es básicamente metodológico y también, por supuesto, de entrega de información general para que mire de más lejos y se de cuenta en el ámbito en que se mueve. Pero en definitiva todo el aporte que uno puede hacer como tal, es un aporte que se va insumiendo, se va invirtiendo y se va gastando en la acción que el sujeto social concreto realiza.

El historiador social actual tiene una especialización, pero es una especialización que está indisolublemente unida a su condición de sujeto histórico, de ciudadano. Y en esa medida cuando va, con su especialización, a trabajar con un sujeto que no es especialista, le hace una contribución que va, por un lado en lo metodológico y lo hermenéutico, propio de la disciplina, para potenciar la acción del otro. Pero, al mismo tiempo, como él es ciudadano, es compañero del otro. Por eso es que la historia social no puede prescindir de ser partícipe de los procesos de que estudia.

El historiador que al mismo tiempo es ciudadano y se compromete en un proyecto, que se asocia por tanto a otros ciudadanos que van en el mismo proyecto y que terminan compartiendo los dos la misma metodología implica, en consecuencia, que la historia en tanto que es mera metodología, epistemología, etc., se disuelva en este proceso, y se disuelva el historiador también...”[1]

La pertinencia de esta extensa cita no sólo se justifica por su alusión al tema que nos convoca (historiografía y sujeto), sino por que ilumina una problemática de extraordinaria complejidad, como es la de la relación entre una subjetividad historiadora y otra historiada. En este sentido el historiador retoma, de alguna manera, una tradición de pensamiento histórico que tuvo como su mejor exponente a Wilhem Dilthey, pero no se agota en ella. Hablar de la relación entre las dos subjetividades no plantea problemas sólo a nivel gnosiológico (de comprensión en éste caso), sino que principalmente a nivel de la política, es decir, del cómo es que los sujetos se plantean salidas del presente, o si se quiere, cómo –y en qué relación– construyen proyecto.

Pero plantear así las cosas desde un principio significa descartar ciertas posibilidades bastante legitimadas de abordar el tema, por ejemplo, el de cómo la historiografía puede representar “fielmente” (o verosímelmente) la acción y el devenir de el o los sujetos historiados (postura narrativista asociada principalmente a las propuestas de White y Ricoeur), o bien el de cuál es la fisonomía, la cualidad de ese sujeto a representar –si es que se la puede conocer–, problema más bien de índole filosófica. Pero significa también despejar ciertos malos entendidos o “problemas de recepción” –diríamos usando las formas académicas– que han tenido algunas propuestas de “historia social”, “desde abajo” o “de los vencidos”.

Se trataría de tomar distancia de unas formas de hacer historia que sencillamente dejan la política excluida, planteamiento en el que Sergio Grez ha incluido al propio Salazar, sosteniendo que “el rechazo a la “interpretación alucinantemente política” de los procesos históricos, ha llevado a algunos historiadores sociales a postular (sino en la teoría, al menos en los hechos) una historia de “los de abajo” vaciada de su acción política”. [2] Más allá de la correspondencia de la afirmación de Grez en la obra de Salazar, podríamos agregar que el gusto por un tipo de enfoque historiográfico de este tipo se ha afirmado, por lo menos en nuestro limitado número de lectores, en ciertas posturas, o “estados de alma”, pseudoanarquistas que

repudian o niegan el poder por principio, ejerciendo un desplazamiento de la mirada “desde arriba” (lugar donde imaginariamente situamos el poder) hacia abajo (donde se supone no lo hay y donde se encontraría a cambio pura resistencia y solidaridad), o bien en un análisis de inspiración foucaultiana que ya no sitúa el poder en las estructuras sino en los espacios microfísicos, tratando de escarbar en rincones poco visitados por los historiadores de profesión, por ejemplo reconstituyendo subjetividades “mínimas”, como el propio Foucault lo planteara, “vidas de hombres infames”, en los márgenes de la sociedad y que revelan el alcance de las prácticas de control social.

Pero tratemos de ver ahora de qué malos entendidos se trata. Probablemente por su afinamiento académico, la labor de construir una historia de los “vencidos” (así, con remisión a un planteamiento benjaminiano) se ha traducido en el exclusivo esfuerzo por hacerlos “visibles” en la escritura historiográfica, cuestión bastante curiosa en tanto no aporta otro dato que el que uno ya supone: los pobres siempre han estado ahí sufriendo, esperando o peleando. Con todo, una historiografía de éste tipo tiene el valor de añadir complejidad a los cuadros en que habitualmente se reducía la imagen del pasado, es decir aporta indudablemente en materia de conocimiento del pasado. Pero el proceder se hace dudoso cuando ese puro gesto se quiere hacer pasar por político y cuando uno consulta la matriz teórica en que ha querido hallar justificación este tipo de planteamiento historiográfico.

No es desconocido para nosotros la tremenda difusión que ha tenido estos últimos quince años la obra de Walter Benjamin, fenómeno que en nuestro medio nacional fue potenciado por la publicación de la traducción de las *Tesis de Filosofía de la Historia* (y otros fragmentos sobre la historia) bajo la rúbrica de Pablo Oyarzún en *La dialéctica en suspenso*. (Arcis/Lom, Santiago, 1995). El libro repercutió en todo el campo intelectual. Los historiadores eran directamente aludidos, sobre todo aquellos adscritos a una matriz marxista. A partir de ese momento comenzó a sonar el nombre de Benjamin en el medio historiográfico, debía ser citado por todo aquel que se dedicaba al estudio de los sectores postergados, sin voz o políticamente derrotados (condición en la cual se asumían también algunos historiadores, como pidiendo ellos mismos ser historiados por una nueva generación).

Sostengo que la rehabilitación puramente historiográfica de ciertos sujetos oprimidos no es política por sí misma, al menos no en el sentido que uno esperaría, parece servir mejor a una política académica en la medida que delimita (por adscripción a un tema) a una comunidad historiadora. Desde luego un libro de historia sobre los vencidos puede impulsar la acción de ciertos sujetos ofreciendo un *epos* en el cual afirmarse, pero ésta es una característica que no es privativa de las “historias de los vencidos”. Dado que un texto nunca tiene cerrada su significación, un texto pasado dado de baja por reaccionario, por ejemplo, puede ser útil en la coyuntura de una lucha actual.

Este peculiar tipo de historia de los vencidos no es política ni benjaminiana, o de otra manera, no es benjaminiana porque no es política. En rigor una historiografía benjaminiana es un proyecto imposible en la medida que nos referimos a un saber académico, que se defiende en los límites de la disciplina. Así se desprende de la primera línea de la tesis XII: “El sujeto del conocimiento histórico es la misma clase oprimida que lucha”, precedida a su vez por el siguiente epigrafe de Nietzsche: “Necesitamos la historiografía. Pero la necesitamos no como el malcriado haragán que se pasea por el jardín del saber”. [3] No significa esto que la historiografía académica deba plantearse en términos militantes o panfletarios, como correlato de la lucha de un sujeto, sino algo más complejo: que la historia de los vencidos no se escribe sino que se realiza, más exactamente se “actualiza”. La historia de los vencidos es un proyecto de justicia y ésta no ha de dársenos por una avalancha de

libros de historia que ahora amplían los marcos de la fotografía mostrando el dolor pasado y las supuestas deudas presentes. El olvido no se cura con la historiografía, sino con la justicia. Así Benjamin lo planteaba cuando revisaba la posibilidad de una historia universal (de la humanidad): “Sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado. Quiere decir esto: sólo a la humanidad redimida se le ha vuelto citable su pasado en cada uno de sus momentos”.^[4] La justicia como memoria total. Podemos afirmar en este punto que la pretendida historia de los vencidos a funcionado más bien en dirección de una despolitización de la propuesta benjaminiana.

Pero lo que nos interesa plantear es que Salazar se distancia de este tipo de historiografía cuando piensa en el sujeto, poniendo las cosas en los términos debidos, es decir en términos políticos, lo que significa siempre caminar al borde de la disciplina. Salazar sostiene la tesis de la unificación, o “disolución”, del historiador con el sujeto historiado (cuestión que, en principio, restringe el límite de su planteamiento a una Historia del Tiempo Presente). El historiador –ha sostenido– “cuando va, con su especialización, a trabajar con un sujeto que no es especialista, le hace una contribución que va, por un lado en lo metodológico y lo hermenéutico, propio de la disciplina, para potenciar la acción del otro”. Así planteado, el historiador trabaja “dentro” con un saber que trae desde “fuera”, de modo que anima o instruye la acción para luego disolverse en el momento de la acción (“se hace uno con la verdad” diríamos nosotros para citar la estructura metafísica del planteamiento).

Con esto Salazar consigue corregir el malentendido arriba expuesto. Pero procede dudosamente cuando habla de un aporte meramente metodológico por parte del historiador en la recomposición de un saber-acción del sujeto. El historiador se introduce con unas herramientas no meramente metodológicas, sino “nada menos” que metodológicas, lo cual ya da noticias del estado en que se encuentra la dimensión de historicidad del “sujeto” visitado. Valga para el caso, otra vez, lo que observó Walter Benjamin a propósito de los suyos: “...ninguna correspondencia histórica convino a la conciencia de la nueva situación. No tuvo lugar ningún recuerdo. (Se los trató de instruir artificialmente, en obras como la *Historia de las Guerras Campesinas* de Zimmermann y otras cosas similares. Pero no tuvieron éxito)”. Antes de seguir y de que se haga totalmente evidente la unilateralidad de nuestro recurso teórico, valdrá la pena advertir que no se trata de medir la operación de los historiadores por los parámetros ideales del planteamiento benjaminiano, sino de usar a éste como reactivo de los vicios de una práctica a menudo muy poco conciente de sus procedimientos y supuestos.

No es otra cosa que la “intervención” lo que se reivindica cuando se afirma el trasvasije, o “socialización” si se prefiere, de herramientas cognoscitivas. ¿Qué otra cosa que el patrón explicativo, la racionalidad y la sistematicidad a la hora de trazar un mapa de lo real puede aportar un historiador de formación académica?. Las consecuencias que se pueden sacar de ésta verificación no son pocas. En primer lugar, como se desprende de la anterior cita, las posibilidades de que ese trabajo lleve a un alumbramiento histórico son bastante remotas, pues primero se impone el “aprendizaje”. En segundo lugar, sería más verosímil hablar de un proyecto del historiador involucrado que del sujeto que él espera reconstituir, usando la expresión de Salazar, el historiador desaparece, se hace uno, se “disuelve” no porque se mimetice con el proyecto y la acción del sujeto que ahora él compone, sino porque ese sujeto va instruyéndose en su saber de modo que ya no sería monopolio del historiador (figurativamente podríamos decir: “el historiador no baja, es el sujeto el que sube”). Y en tercer lugar –y quizá a pesar del propio Salazar–, lo que ocurre de éste modo es una producción de poder que se acrecienta en la

medida que se van apropiando las lógicas de una acción políticamente eficaz. De ésta manera la apuesta no puede ser sino política, aunque el sujeto no termine en la forma tradicional de un “partido”.

Con todas las salvedades y consecuencias, sostenemos que es preferible un planteamiento histórico respecto del sujeto como el expuesto, antes que otro que goza hoy de gran auge y que paso a exponer sintéticamente.

Ciertas corrientes asociadas a la “nueva historia” o a la “historia de la vida cotidiana” han hecho del sujeto individual, de las experiencias del hombre medio del pasado su objeto privilegiado de estudio. Se trata de personalidades arrojadas a su destino, nada épicas, nada malditas, vidas “oscuras e infortunadas”, para usar la expresión de Foucault: “destinadas a no dejar rastro, que en sus desgracias, en sus pasiones, en sus amores y en sus odios, llevan un tono gris y ordinario frente a lo que generalmente es digno de ser narrado”. [5] Este tipo de elección busca iluminar zonas del pasado relegadas tanto por una historia de los grandes personajes como por una historia de las estructuras, es decir, reclama también un conocimiento más cabal de lo real-pasado, lo cual no la salva de algunas implicaciones que repercuten a nivel gnoseológico y político (nos referimos a trabajos del tipo “descripción de un día en una aldea medieval”, asociados dudosamente a la microhistoria).

En lo inmediato digamos que la exacerbada apuesta por lo cotidiano y privado la mayor parte de las veces genera una suerte de reconocimiento especular entre pasado y presente: los retazos de ese pasado cotidiano suelen entregarnos corrientemente –en ausencia de interpretación– existencias dóciles, despolitizadas y con un brillo folclórico que le concede alegría a su inconsciente dominación o, según sea el caso, sujetos ignorantes –por tanto no culpables– de las decisiones que tomaban sus gobernantes en contra de todo un segmento de la sociedad [6], o bien movimientos sociales ejemplares en justicia e integridad producto de su prescindencia de todo nexo con la política. [7]

Sobre esto ha reparado lúcidamente Francisco Fernández Buey al tomar distancia de los enfoques historiográficos “micro” y los planteamientos sociológicos en torno a la categoría de “espectro social”. De un tiempo a esta parte “hacer historia” – sostiene– significaba *“comportarse por encima de la media, salirse de lo normal, de lo cotidiano”*, pero hoy ya no es más así, ese principio que articuló la imaginación histórica desde la Ilustración, pasando por los historiadores positivistas y llegando hasta Marx y sus herederos, cae junto con otras categorías como la de clase, conciencia, etc., lo que lleva a plantear a este autor que “con la crisis presente de la cultura socialista –que no hay que confundir con la crisis del marxismo– la identificación de lo histórico con lo excepcional se oscurece”. [8] Lo que importa hoy es la normalidad cotidiana, se proyecta así el antecedente de unas clases pasivas que ofrecería una imagen tranquilizante al hombre medio, desvinculándolo de toda responsabilidad en cuanto concierne a su dócil subalternidad. Se cede la tribuna del pasado a quienes nunca hicieron ni dijeron nada (utopía pervertida del dar voz a los sin voz), para en cambio silenciar por el olvido a esos “sujetos que tuvieron voz realmente, de sujetos que, viviendo la alzarón para hacerse oír, a pesar de lo cual no quedó recogida en las fuentes principales con las que iba a escribirse la Historia con mayúscula”, se trataría más bien de acallar a los que tuvieron conciencia de los procesos y la acción en curso para dar voz a aquellas “almas muertas” que pasaron por el mundo pasivamente o “no tuvieron nada que decir”. [9] Se combina así, por efecto de una operación dudosa, injusticia, falsedad y conformismo.

* * *

A partir de estos dos enfoques hemos revisado la relación historiografía/sujeto iluminando el rol del saber histórico en la producción de subjetividad. Las consecuencias en ésta línea son tan políticas como el planteamiento que las exige. Y lo que podemos sacar en limpio por ahora, es que el historiador nunca es soberano de su apuesta, aunque irremediablemente esté obligado a asumir sus consecuencias insospechadas.

Pese a esta incertidumbre no todo vale, cada planteamiento historiográfico ha de medirse con su presente. Lejos de la aspiración a un método canónico y perdurable, es en función de la coyuntura que debieran asumirse o descartarse las diferentes formas de hacer historia, particularmente cuando quienes nos dedicamos a ella la asumimos con vistas a constituirse en un saber público o como una herramienta para la emancipación.

Muchas gracias.

Pablo Aravena Núñez

Centro de Estudios Humanísticos integrados (CEHI). Escuela de Educación y Humanidades. Universidad de Viña del Mar.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quiénes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

© CEME web productions 2003 -2007